

## 10. LOS PROFETAS

Los profetas hebreos no son versiones religiosas de adivinos como Drew Pearson o Jeane Dixon. No predicen hechos futuros. Son personas impregnadas de valores, de verdad, de lo que podríamos llamar Dios y que, por eso mismo, ven las cosas de la vida con mayor profundidad que el resto. Son gente que, en todo caso, por estar a más altura, pueden percibir tendencias y advertir acerca de ellas, antes que otros puedan hacerlo. Hay artistas a los que se les puede atribuir el don de la adivinación. Picasso, un famoso pintor español del siglo XX, pintó un cuadro, varios años antes de la Guerra Civil, que mostraba a su país fragmentado por una violenta lucha. La mentalidad bíblica diría que fue un cuadro profético. El pintor vio lo que estaba a la vista pero no todos podían hacer. El poder de los profetas no emana de las estructuras establecidas ni del orden social sino de la visión. Son personas ajenas a las vidas de las autoridades políticas o religiosas. Como tales, eran "perturbadores de Israel", a decir del rey Acab, refiriéndose a Elías. El sacerdocio establecido siempre rechazó a los profetas porque no estaban ni formados ni ordenados. Eran espíritus libres que hablaban con una autoridad que, en cierto modo, las autoridades establecidas (gubernamentales o religiosas) envidiaban y ansiaban poseer. La capacidad de los profetas, de dirigirse a las autoridades de un modo que demandaba la atención de éstas era lo característico del espíritu profético.

Sin embargo, nada de todo esto responde a la pregunta de por qué el papel de profeta alcanzó tal preeminencia en Israel que la religión se llegó a considerar apoyada, por igual, tanto en la Ley (la Torah) como en los Profetas. A mi modo de ver, todo empezó en la carismática confrontación entre el más poderoso rey de Israel y un hombre solo, armado únicamente en su sentido de la rectitud de Dios. Esta historia está en el Libro Segundo de Samuel y conserva todo su vigor aún en nuestros días. Recordémosla.

El rey David moraba en la casa más alta y grande de Jerusalén, lo que le permitía ver todos los tejados y terrazas de la ciudad. Una tarde, vio a una mujer hermosa bañándose en lo que ella creía ser la privacidad de su terraza. El rey quedó embelesado por los encantos de aquella mujer y de inmediato envió a un mensajero con una invitación para que lo visitara en palacio. La mujer acudió. Quizá fue que, ante el poder de un rey en aquella época, no tenía otra opción, o quizá fue voluntariamente. El texto no dice nada al respecto y nunca sabremos más. El caso es que David la poseyó y cuando el sexo concluyó, Betsabé, que así se llamaba la mujer, volvió a su casa. Sospecho que éste no fue el primero ni el último acto de esta naturaleza por parte del rey David, así que no le dedicó mucha atención a la mujer una vez terminada la cita. Transcurridas algunas semanas y ya olvidado todo, un mensaje llegó a palacio, directamente para el rey, que se lo recordó. El mensaje decía: "Rey David, quiero que sepas que espero un hijo tuyo", firmado: Betsabé. Al leer esto, David respondió con una evasiva típica: "Eres una mujer casada", cosa que el texto bíblico nos revela entonces, de lo que se sigue la naturaleza adúltera del acto del rey con ella pero también la excusa: "¿Por qué dices que la criatura que esperas es hijo mío?" A lo que Betsabé respondió de inmediato: "Cierto, soy una mujer casada pero mi marido, Urías, es un soldado al

servicio del rey y está combatiendo bajo las órdenes del general Joab; por eso no ha estado en casa desde hace meses y no hay duda, oh Rey, de que tú eres el padre de la criatura."

Renuente ante su responsabilidad, el rey maquinó un plan alternativo. Su plan B, que no sería la primera vez que lo habría utilizado, consistió en otorgar un permiso a Urías para que éste pudiera volver a su casa, disfrutar del lecho conyugal y, en un mundo previo al ADN, podría decirse, simplemente, que la criatura habría nacido prematuramente. Un mensajero llevó el permiso real al campo de batalla y un sorprendido Urías se encontró con un permiso sin precedentes. Sin embargo, el rey David no previó que Urías tenía madera de "boy scout" y que lo primero para él era ser soldado y ser fiel a la camaradería de las armas: "No sería justo ni apropiado que yo disfrutara de las comodidades de mi hogar y de mi esposa mientras mis camaradas sangran y mueren en el campo de batalla del que he sido arrebatado. Por tanto, en solidaridad con mis compañeros, no entraré en mi hogar durante el permiso". Ostentosamente, Urías instaló una pequeña carpa en el camino frente a su casa y pasó todo el período de su licencia allí. Al ver esto y sentirse atrapado, David comenzó a tramar un plan C.

Joab, el comandante en jefe, recibió una nueva orden real, sellada, que el mismo Urías le entregó en propia mano de vuelta del permiso. En la carta, David ordenaba a Joab organizar un ataque en cuña contra las puertas de la capital del enemigo y colocar a Urías en la cabeza de la cuña. Su muerte sería inevitable, tal como así fue. Urías cayó en el ataque, Joab se lo notificó al rey y el problema quedó resuelto. David envió a buscar entonces a Betsabé, que pasó a formar parte de su harén y quizá en un lugar destacado. Por fin, el rey David sintió que su problema se había solucionado.

Sin embargo, la indigna conducta del rey no pasó desapercibida para un hombre santo y altamente respetado como Natán. Natán decidió que debía enfrentarse al rey a causa de aquella acción. La reputación de Natán era tal que el rey, sin sospechar a lo que venía, le otorgó audiencia cuando éste se la solicitó. Debió de ser un encuentro extraño. Por un lado, el rey David en su cámara real, rodeado de la riqueza, el poder y la opulencia propias de la realeza. De pie, frente a él, Natán, armado sólo con el sentido de la rectitud contenida en lo que él consideraba la ley moral de Dios y del universo. Cuando estuvieron solos, Natán contó al rey que había habido una gran injusticia en sus dominios y que él se sentía obligado a comunicárselo. El rey animó a Natán a continuar y Natán así lo hizo pero en forma de parábola.

Hela aquí: un hombre pobre tenía una sola oveja a la que su familia trataba como mascota. La oveja se alimentaba en la mesa familiar, dormía dentro de la casa y compartía el amor de la familia. Otro hombre que vivía cerca, continuó Natán, era rico y poseía grandes rebaños de ovejas. Un día, el hombre rico recibió una visita honorable a la que, según las costumbres, debía honrar con un banquete. Pero, en vez de tomar una oveja de sus establos, fue donde su vecino y tomó su única oveja, la sacrificó, la adobó y la cocinó para servirla a su invitado. Ambos comieron opíparamente mientras el vecino y su familia estaban desolados. Al terminar, Natán guardó silencio y dejó que la historia calase en el oyente. David reaccionó lleno de ira y declaró: "El hombre que ha hecho esto debe morir". Y, entonces, en uno de los momentos dramáticos mejores de toda la Biblia, Natán fijó sus ojos en David y le dijo: "¡Tú eres ese hombre!" Natán llamaba al rey todopoderoso, a responder de sus actos. Nadie está por encima de la ley de Dios, aprendió David. Fue una rara lección en aquel mundo antiguo y fue un mensaje verdaderamente singular

para el pueblo de Israel. A David podía haberlo elegido Dios para ser rey, pero aun el rey de Israel vive bajo la ley de Dios inscrita en los corazones, y debe responder de su comportamiento.

David tuvo el gran mérito de no expulsar a Natán de su presencia, de escuchar, a través de las palabras del hombre santo, la voz de Dios, y de arrepentirse personal y públicamente. Buscó hacer actos de restitución. Cuando el hijo fruto de su relación adúltera murió al poco de nacer, David interpretó su muerte como un castigo. Quizá queriendo hacer lo correcto, David elevó a Betsabé al rango de reina. Su segundo hijo con ella nació poco después: fue Salomón, el sucesor que dio solidez al linaje real que duraría, por lo menos en el reino del Sur, durante más de 400 años hasta su destrucción a manos de los babilonios en el 586 aC.

La inclusión del valeroso acto de Natán en las Escrituras significa que este episodio entró en los anales de la memoria judía. Al formar parte de ellas, estaba destinado a la lectura en las liturgias que iban a sucederse durante siglos y siglos. A Natán se le llamó profeta, y por su causa el destino profético entró en la vida de Israel. La tarea de los profetas era hablar en nombre de Dios en las fortalezas del poder; era reclamar, para la ley de Dios, una autoridad absoluta; y era afirmar que no hay nadie sobre la tierra que no esté bajo la Ley de Yahvé. A partir de entonces, no hubo monarquía absoluta en Israel. Natán inició la misión profética en Israel. Hizo que Israel fuera la nación en la que nadie podía tener un poder que estuviera por encima de la Ley. Esto hizo que Israel fuera estructuralmente distinto del resto de las naciones del mundo antiguo. Israel fue la única nación que produjo una tradición profética que alcanzó fuerza como para que lo característico suyo fuera que ya no se hablase más de "la Ley y el Templo" sino de "la Ley y los Profetas". Examinaremos algunas voces proféticas en los próximos capítulos.

-- John Shelby Spong